

GAYOL, SANDRA; KESSLER, GABRIEL, MUERTES QUE IMPORTAN: UNA MIRADA SOCIOHISTÓRICA SOBRE LOS CASOS QUE MARCARON LA ARGENTINA RECIENTE. BUENOS AIRES: SIGLO XXI EDITORES, 2018. 260 PP.

MAXIMILIANO RICARDO FIQUEPRON

Universidad Nacional de General Sarmiento

fiquepronmaximiliano@gmail.com

Desde muy temprano las ciencias sociales han mantenido un diálogo fructífero con la muerte, aunque también errático. Mucho más presente en otras disciplinas y registros, la muerte parecía ser una suerte de *outsider* dentro de la historia, la antropología o la sociología. A pesar de esta marginalización relativa, desde comienzos del siglo XX, en los países centrales surgieron un repertorio de problemas y enfoques que conformaron una agenda de investigación. Retomando aquellos debates, conceptos y argumentos más destacados del campo disciplinar, pero al mismo tiempo sumando nuevas ideas e indagaciones, Sandra Gayol y Gabriel Kessler han inaugurado desde hace algunos años una serie de producciones con un marco disciplinar heterogéneo, original y certero en sus preguntas e inquisiciones al propio campo disciplinar.¹ Siguiendo en esta línea, *Muertes que importan* se orienta bajo una pregunta rectora: ¿por qué algunas muertes propician cambios institucionales, políticos y sociales, mientras que otras no lo logran? Para responderla, la clave interpretativa propuesta por los autores se centra en tres ejes. El primero es el tipo de muerte: violenta y ejercida sobre seres anónimos, “limpios” (es decir, sin delitos asociados). La segunda, tiene como elemento central el Estado en sus diversos niveles (nacional, provincial, municipal) y su intervención en la trama como implicado, directa o indirectamente, en la ejecución del asesinato. Por último, el eje final es cronológico. El período que la obra recorre es desde 1985 hasta nuestros días, es decir, desde la recuperación democrática hasta hoy. Estas coordenadas permiten tejer un mapa de muertes violentas, problemas públicos y cambios en la Argentina durante los últimos cuarenta años, un tamiz por el cual serán analizados un conjunto de casos de gran impacto mediático y social. Asimismo, y ligado con esta idea-

fuerza que atraviesa toda la obra, la muerte violenta no es entendida como una suerte de patología social, sino por el contrario, como un hecho social en el que se entretienen tramas sociales, estatales y políticas.

Los autores sostienen este abordaje temático con un gran aporte metodológico, que merece ser destacado como uno de los aciertos más grandes de la obra. En primer lugar, la utilización del caso como una herramienta de análisis, una construcción heurística. Esta decisión metodológica les permitirá trascender barreras disciplinarias (de allí la noción de sociohistoria elegida), así como también generar teorías o hipótesis, realizar inferencias o establecer regularidades que se subordinen al nuevo enfoque, a aquello que sea pertinente para el caso. En segundo lugar, y como condición para conformarlo, los autores desarrollan una perspectiva multiescalar. Geográficas, temporales, las escalas entrelazan dimensiones locales, nacionales, estatales, públicas y privadas, que son consustanciales a cada caso.

Los cinco capítulos que componen la obra buscarán demostrar estas variables centrales para responder por qué algunas muertes se visibilizan y otras no. En el primero, se expone una tipología de muertes de acuerdo con cuatro coyunturas políticas (alfonsinismo, menemismo, alianza, kirchnerismo), con el doble objetivo de, por un lado, situar a un lector no informado de algunos hitos en la historia argentina de los últimos años y, al mismo tiempo, mostrar el tipo de muerte violenta específico para cada período. Este esfuerzo de largo aliento para mapear etapas cumple con su misión, aunque por momentos genera cierta sensación de saturación debido a que los contextos históricos son muy diferentes y convulsionados. Por otra parte, el esfuerzo de síntesis tiene su contraparte más ingrata al brindarle un espacio muy limitado a muertes resonantes como los atentados a la A.M.I.A y a la Embajada de Israel o la tragedia de Cromañón (por citar algunos ejemplos). Simplemente pasan muy rápido, desfilan por las páginas, produciendo el anhelo de profundizar sobre algunos de

¹ La labor de ambos es fructífera y numerosa en este campo. Por citar sólo las dos obras en conjunto más recientes: “La muerte en las ciencias sociales”, en *Persona y Sociedad*. Universidad Alberto Hurtado, Vol. XXV, N°1, 2011, pp.51-74; (editores) *Muerte, política y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2015

ellos. Sin embargo, es claro que la elección obedece a otros criterios, y si algo es seguro al leer estas páginas, es que el enfoque de investigación que han desarrollado Gayol y Kessler puede volverse sin ningún problema un programa de estudios, una guía para analizar otras muertes violentas similares, que los autores, abocados a otros casos, no han podido desarrollar en profundidad.

En “morir en papel y en pantalla”, el segundo capítulo, se comienza con un análisis más detenido de las variables que definen a la muerte intolerable: el rol de los medios de comunicación, el cuerpo ultrajado y la acción colectiva. En este capítulo aparecen tanto los periodistas como los familiares de las víctimas y vecinos que pelean e impulsan por hacer visibles esas muertes. Especial mención merece el análisis del caso Kosteki-Santillán y sus permutaciones en la prensa a medida que aparecían nuevas fuentes y versiones de los acontecimientos, que hacían variar la cobertura mediática. La forma en que los medios suponen ideas, deslizan culpables, elucubran explicaciones y cubren día a día los acontecimientos modifica la percepción del mismo. Aquí también se presenta una idea que será retomada en otros: la construcción de casos nacionales a partir de coyunturas regionales. Tanto Omar Carrasco como María Soledad Morales son dos grandes ejemplos de cómo un problema local alcanza magnitud nacional en la amplificación que se produce en los medios de comunicación.

El tercer y cuarto capítulo son, sin lugar a duda, los más logrados. Los autores sostienen que la forma en que se producen los asesinatos (la violencia infringida, los signos que quedan en el cuerpo) son generadores de indignación social e impugnaciones al Estado. Todos los casos son cuerpos negados, ocultados por los poderes perpetradores del hecho. Las familias, ante esa última indignación (que el cadáver no les sea entregado) se manifiestan, se movilizan. Como señalan los autores, la multivocalidad de los cuerpos muertos (siguiendo a Katherine Verdery) produce múltiples apropiaciones y sentidos. En ambos capítulos aparece un recurso que refresca el entramado narrativo y también argumental de la obra. Las entrevistas a personas que vivieron durante el caso Morales y Carrasco en las respectivas provincias no sólo atrapan como fuente que potencia los argumentos, sino que también hace avanzar páginas, fluye. Si en el primer capítulo la exposición se volvía más rígida y abrumadora, aquí acompaña la lectura con la sutileza de una pieza de relojería. En el capítulo cuarto el foco está en las “huellas del cambio”, es decir, el análisis pasa por conocer de qué manera se produjeron transformaciones que han dejado su marca en la historia argentina, como la derogación del Servicio Militar Obligatorio. Aquí el fuerte es el uso de las diferentes escalas de observación y análisis, así como una atenta lectura de las coyunturas políticas del momento.

El último capítulo inaugura una modulación del enfoque en torno a los casos, ya que de llamarlos con los nombres de las víctimas (Omar Carrasco, María Soledad Morales, Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, Osvaldo Sivak) pasamos a centrarnos en regiones y zonas como

Fuerte Apache o Cipolletti. Esta modificación obedece a la intención de mostrar qué ocurre en otro registro, en una escala local, sin su pasaje obligatorio a la escala nacional. El resultado es un estudio pertinente sobre cuestiones vinculadas a temáticas como la inseguridad y el género, pero se percibe una intensidad menor que los anteriores capítulos. Posiblemente sea porque son muertes locales que no se nacionalizan (como exponen los autores), pero quizás es la noción de caso la que no parece ajustarse del todo. En otras palabras, el análisis es correcto dado que continúa desplegando aristas de conceptos ya trabajados (desacople de escalas regionales, locales y temporales) pero quizás al ser categorías colectivas (inseguridad, femicidio) se desdibuja parte de lo que en otras muertes era evidente: los casos tenían nombres y apellidos.

En conclusión, *Muertes que importan* es un exquisito esfuerzo de síntesis, diálogo, debate y comunicación con un corpus voluminoso pero a la vez selecto de autores y temas de las ciencias sociales en torno a la muerte, la violencia, el cuerpo, los rituales y otros temas subsidiarios. La plasticidad con la que se logra volver simple este esfuerzo es notable. Donde se percibe con mayor nitidez es en la propuesta metodológica de los autores por utilizar el concepto de caso como una herramienta heurística. Este permite conocer una dimensión particular del fenómeno, así como realizar inferencias o regularidades (generando teoría nueva). Asimismo, la definición conceptual de la obra como una “mirada sociohistórica” refuerza el diálogo interdisciplinario que los autores propician desde sus primeras publicaciones en conjunto.

Como en toda obra, existen aspectos más logrados que otros. Hemos mencionado que el capítulo primero tiene algunas dificultades en la implementación de su idea de mapeo: la cantidad de información es abrumadora y por momentos el listado de asesinatos es nada más que eso, un listado; el último capítulo tiene algunos claroscuros, no suena con tanta firmeza el despliegue del concepto de caso. Sin embargo, ninguna de estas menciones resta potencia a un trabajo que tiene el rigor de un manual de ciencias sociales y una intensidad narrativa pocas veces presente en un libro académico. Así, resultaría extraño que no sea recibido con entusiasmo en el campo de las ciencias sociales, dado que una agenda de investigación tan potente, que invita a trascender barreras disciplinares en función de temáticas compartidas, que lo hace con profundidad y detenimiento en el examen de casos, escalas y temporalidades, es una invitación a multiplicarse en otros estudios y temas que dialoguen con este libro, tan ambicioso como distinguido.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Gayol, S. y Kessler, G. (2011) "La muerte en las ciencias sociales". *Persona y Sociedad*, XXV(1): 51-74.
- Gayol, S. y Kessler, G. (editores) (2015) *Muerte, política y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Edhasa.